

EL BANCO BAJO LOS ÁLAMOS

Hoy es ocho de mayo, la fecha del aniversario de la muerte del hijo de Francisco. Se cumplen veinte años desde el accidente. Es el día más duro para Francisco desde hace mucho tiempo. Le echa mucho de menos. También añora enormemente a su nieto que se fue, nada más morir su hijo, a vivir con su madre a Galicia. La relación entre la pareja no era buena desde antes de nacer su nieto. Desde entonces no los ha vuelto a ver.

Francisco decide ir a dar un paseo por el parque del Ebro para ver si se despeja y consigue aclarar un poco sus ideas. Camina lentamente, con pasos torpes. El parque está cubierto por un blanco manto de pelusas que flotan entre los árboles.

Cuando lleva ya una hora caminando decide sentarse en un banco cerca del río junto a un chico joven, de unos veinte años. Los demás asientos del parque están llenos de madres con sus hijos que chillan como si estuviesen poseídos, y él lo que quiere es tranquilidad.

De pronto, sin saber muy bien por qué comienza a hablar con ese muchacho de sudadera ancha y pantalones vaqueros que está a su lado.

—Hola, buenas tardes. Me llamo Francisco. —Francisco no es de los que se ponen a hablar con cualquier desconocido en la calle y se sorprende a sí mismo cuando se presenta al muchacho.

—Hola, Francisco. Yo soy Iago —contesta amablemente el chico.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mi hijo y me encuentro bastante mal. Todo me recuerda a él, mire donde mire —lo dice muy rápido, mirando sus manos grandes, llenas de arrugas que descansan sobre su regazo.

Inmediatamente siente como si el lastre que colgaba de él desde hace tiempo, se desprendiera de golpe. Al principio se avergüenza un poco de estar contándole esto a un desconocido. Pero las palabras comienzan a salir de su boca como si tuviesen vida propia, en un tono bajito pero muy claro.

—Si quiere puede hablarme de él. No es ninguna molestia para mí — responde Iago mientras se aparta un mechón pelirrojo que le había caído sobre la cara.

Iago siempre ha sido un chico muy tranquilo. Desde pequeño escuchaba pacientemente todo lo que la gente le contaba, sin importar que a veces apenas lo conocieran. Es un escuchador nato.

—Él..., él era la persona que me hacía ver las cosas buenas de la vida. Siempre encontraba un lado amable para todo. Recuerdo una vez que de pequeño estuvo preparándose para un examen de música durante meses, porque quería entrar al conservatorio a toda costa. Pero desgraciadamente, el día de la prueba los nervios le jugaron una mala pasada y todo ese sueño se fue por la borda. Sin embargo, él no se desanimó. Siempre tenía una actitud positiva hacia los problemas que se le presentaban. Siguió luchando por su sueño de vivir de la música y consiguió formar parte de la orquesta de nuestra ciudad como violinista. Era el mejor de todos porque pulsaba las cuerdas del violín con los dedos del corazón. —Hablar de él ayuda a Francisco a recordar pequeños detalles de su hijo que creía perdidos en su memoria.

—Por lo que me cuenta, su hijo era una persona muy especial —dice Iago sinceramente.

—Sí, así era. Todas las chicas del barrio andaban detrás de él. Las miraba con sus ojos color agua y caían rendidas a sus pies. —Francisco estaba realmente orgulloso de su hijo—. Bueno Iago, me has hecho sentir muy bien. Muchas gracias por escuchar a un viejo como yo contando sus penas. —De esta forma trata de agradecer la atención que Iago ha puesto en él.

—No hay de qué. Saber que he conseguido que alguien se sienta un poco mejor, para mí es suficiente —dice Iago.

—Buenas tardes —se despide Francisco mientras se levanta del banco.

—Buenas tardes, Francisco —responde Iago. Después de un rato decide irse él también. Y cuando está ya marchándose, oye como algo cae al suelo. ¡La medalla de su padre! Nunca habría podido perdonarse el perderla.

Francisco no sabe por qué, pero después de ese rato con Iago una energía especial recorre todo su cuerpo. En un primer momento cree que nunca más volverá a hablar con ese joven y siente una extraña pena.

Unas semanas más tarde se arma de valor y vuelve al parque a la misma hora con la esperanza de poder volver a hablar con Iago. No tiene muchas esperanzas de encontrarle, sin embargo... cuando lo ve sentado en el mismo banco del otro día con su sudadera amplia y sus vaqueros viejos casi se le sale el corazón de la emoción. Siente una inmensa alegría, no puede creer en su suerte, ha conseguido encontrar al mismo chico que días atrás.

Se sienta junto a él y nuevamente comienza a hablar, escuchando de vez en cuando la suave voz de Iago que pregunta y responde a sus palabras. Poco a poco ambos van intimando cada vez más. Iago, encantado de que Francisco esté tan a gusto hablando con él, le indica los momentos del día en los que suele ir al parque con su perro para que puedan coincidir más a menudo. Los paseos de Francisco se suceden a diario. Se da cuenta de que cuanto más rato conversa con este muchacho más feliz es. Ahora sus charlas no giran siempre en torno a su hijo fallecido, hablan sobre ellos. Francisco comparte recuerdos alegres de su vida. Hace tiempo que no se sentía tan bien. El hecho de ser escuchado es un placer al que últimamente no estaba acostumbrado. A veces también pregunta con timidez detalles de la vida de Iago.

—Yo estudio enfermería, mi familia ha trabajado desde siempre en los hospitales. Mi madre es médico, mi abuelo era el conserje en un hospital de su ciudad natal... —dice Iago—, de mi padre no sé mucho. Mi madre apenas me cuenta y hace ya tiempo que dejé de preguntar —añade apenadamente.

—Y... ¿qué más cosas haces en tus ratos libres? —Cada vez tiene más ganas de conocerle mejor, le parece que puede aportarle muchas cosas como persona.

—Me encanta correr por el monte con mi perro, es este border collie tan cariñoso que saco a pasear —Iago juguetea con sus gafas de sol, siempre las lleva encima porque a la gente de ojos claros la luz le molesta más de lo habitual.

—Qué divertido —el anciano sigue hablando durante un rato, después se despide—. Iago me has alegrado la mañana. Te dejo ya para que puedas volver a tus quehaceres diarios. Volveré pronto. Cuídate. —Francisco se levanta lentamente del banco de madera y antes de comenzar su camino de regreso a casa oye cómo Iago le responde.

—Igualmente, *astaloguiño*. —De vez en cuando todavía se le escapan algunas frases en su lengua materna, el gallego.

Sus conversaciones cada vez son más frecuentes, casi todas las semanas charlan bajo la sombra de los álamos. Y así van pasando poco a poco los meses. Su amistad va creciendo.

En su último encuentro Francisco invita a Iago a tomar un café en un bar cercano a su casa. Tiene muchas ganas de seguir conociéndolo, siente que ahora se están haciendo verdaderos amigos. No sabe dónde se crio, si le gusta el chocolate negro o con leche, si tiene hermanos... Pequeños detalles que espera descubrir pronto.

Antes de ir a dormir Francisco se despide de su hijo. Como cada noche, mira la fotografía que tiene en su mesilla. Podría estar horas y horas contemplando sus ojos claros con ese brillo tan especial, su sonrisa pequeña pero sincera, su cabello pelirrojo, alborotado, cayéndole sobre la frente y ese pequeño bebé de tan solo un mes que descansa en sus brazos. El niño chupa la medalla que cuelga del cuello de su padre. Francisco, con toda la pena de su corazón cree que nunca llegará a conocerlo.

Su pequeño Santiago.